

Intersubjetividad, cognición y sistema: acercamientos epistemológicos al psicoanálisis freudiano y a la disciplina histórica

INTERSUBJECTIVITY, COGNITION AND SYSTEM:
EPISTEMOLOGICAL APPROACHES TO FREUDIAN PSYCHOANALYSIS
AND HISTORICAL DISCIPLINE

FERNANDO BETANCOURT MARTÍNEZ

Unam-Instituto de Investigaciones Históricas

México

ABSTRACT

This article seeks to analyze Freudian psychoanalysis from its general framework. It considers that the epistemological bases formulated by Freud shed light on theoretical aspects of the historical discipline which prove to be decisive in defining its nature and cognitive limits. The main thesis posits that the relation between psychoanalysis and historiography proposes the conditions under which the complex connections of theoretical vocabulary and practical application aspects express a change in the perspective of epistemological analysis in a way that now supposes reflexive description of the sciences as an exercise of the operative rationalities. It is from this change that its importance is highlighted for both disciplines, their connections with the area of social research and for modern societies' forms of self-description.

Keywords: Theory of history, psychoanalysis, social sciences, Freud, Historiography, Epistemology

RESUMEN

El presente artículo busca analizar al psicoanálisis freudiano desde su marco general de referencia. Considera que las bases epistemológicas que Freud formuló aclaran aspectos teóricos de la disciplina histórica que resultan ser determinantes para definir su naturaleza y límites cognitivos. La tesis central asegura que la relación entre psicoanálisis e

historiografía plantea las condiciones por las que los vocabularios teóricos y los aspectos de aplicación práctica, en sus conexiones complejas, expresan un cambio en la perspectiva de los análisis epistemológicos. De tal modo que ahora suponen un ejercicio de descripción reflexiva de las ciencias como racionalidades operativas. Es desde este cambio como se destaca la importancia que tienen, para ambas disciplinas, sus conexiones con el ámbito de la investigación social y con las formas de autodescripción de las sociedades modernas.

Palabras clave: teoría de la historia, psicoanálisis, ciencias sociales, Freud, historiografía, epistemología.

Artículo recibido: 22-2-2012

Artículo aceptado: 25-4-2012

FREUD Y LA HISTORIOGRAFÍA

¿Qué implicaciones puede arrojar el psicoanálisis freudiano para replantear el estatuto epistémico de la historia? En tal interrogación se establece un marco general de tratamiento que busca ser desarrollado en este escrito. Primero, el cruce entre la deliberación freudiana, particularmente la fundación del psicoanálisis como ciencia, y el trabajo de los historiadores. Esta convergencia no puede soslayarse al mostrarla como producto meramente anecdótico o circunstancial; apunta, por el contrario, a una profunda coincidencia en aspectos decisivos para ambas disciplinas. Segundo, y como resultado de lo anterior, explicitar el marco de referencia a partir del cual Freud intentó fundamentar la teoría y la práctica analítica debe permitir el análisis de elementos análogos que caracterizan la condición cognitiva de la historia misma.

Estos dos aspectos marcan, de entrada, distancias significativas para tratamientos anteriores y paralelos respecto al problema de cómo servirse de herramientas psicoanalíticas –categorías, conceptos y procesos interpretativos– en la construcción de

representaciones historiadoras.¹ Al respecto conviene contraponer otra visión que ha dado motivos para trabajos de lectura e investigación serios y rigurosos de la obra freudiana: la importancia que adquirió la historia en el trabajo desarrollado por el propio Freud. Esto se refiere no sólo a los ejercicios de “aplicación” psicoanalítica a etapas de la historia de la humanidad o a los intentos de crítica cultural en sentido amplio, sino a los propios desarrollos de la práctica analítica.

No resultan equiparables las dimensiones que han adquirido estas dos tentativas. La primera muestra limitaciones, prácticamente desde su inicio, no susceptibles de ser superadas por refinamientos teóricos o metodológicos que permitan su “aclimatación” a la investigación histórica. Al momento de introducir esquemas explicativos sacados del psicoanálisis freudiano, más que permitir la clarificación de aspectos oscuros en las modalidades de acción de los seres humanos en contextos temporales, se reconoce la imposibilidad de toda tentativa de objetivación total. De tal modo que dicha recuperación, más que potenciar la labor explicativa del historiador, marca los límites presentes de la empresa historiográfica en su conjunto. La barrera que no puede ser superada consiste en la alteridad irrecusable entre el pasado o las escenas originarias y el presente de su manifestación conflictiva.

Pero esto mismo fue planteado por el propio freudismo como condición teórica y terapéutica del psicoanálisis.² Poner entre

¹ Para una revisión puramente historiográfica véase Richard L. Schoenwald, “The Psychological Study of History”, pp. 71-85. Para recopilaciones más recientes es útil el texto de Elena Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, en particular el apartado titulado “Historia, psicología y biografía”, pp. 401 y s. Para una visión más teórica, aunque sin dejar de abordar la problemática historiográfica, véanse María Inés Mudrovic, “Trauma, memoria e historia” y Omar Acha, “El psicoanálisis y el tema de la historia: Freud y Lacan”, ambos en *La historia desde la teoría*, vol. 2, pp. 105-116 y 175-192, respectivamente. Destaca en los repertorios historiográficos la perspectiva introducida por la denominada *psicohistoria*.

² “El recurso a la muerte del padre, a Edipo o a la transferencia, sirve para todo. Como se supone que estos ‘conceptos’ freudianos pueden utilizarse para cualquier

paréntesis la noción “conceptos” psicoanalíticos, como hace Michel de Certeau, no consiste en una manifestación de obediencia al código no escrito de gestos intelectuales admitidos. Da en el fondo de la cuestión: no es posible tomar dichos conceptos como conceptos sin más, esto es, que sustentan su aplicación a contextos diferentes sin perder potencialidad explicativa. Lo que resulta necesario es preguntarse cuál es la dimensión conceptual del psicoanálisis que lo diferencia de otras disciplinas que presumen de armazón conceptual aporomático. Buena parte de la reflexión teórica de Freud consiste en marcar como elemento de validación de los conceptos psicoanalíticos la profundización que es posible lograr en términos de autorreflexividad, alejándose de la posibilidad de subsumir realidades perceptibles a marcos teóricos afinados.³

El psicoanálisis freudiano problematiza las relaciones e intercambios entre la teoría, fundada en un vocabulario particularizado, y la práctica entendida como técnica terapéutica en este caso, lo que convierte a la empresa de aplicación de sus categorías y conceptos en la investigación histórica como algo menos que simple presunción injustificada. Por otra parte, las perspectivas que buscan aclarar la dimensión histórica en el desarrollo del propio psicoanálisis, particularmente en sus aspectos prácticos, han mostrado bondades nada desdeñables. Así, temáticas tales como el trabajo de la memoria, las dimensiones biográficas, las instancias temporales del pasado y el presente o las representaciones narrativas, sostienen formas interpretativas de alcances importantes.

cosa, no es raro que los introduzcan en las regiones oscuras de la historia. Desgraciadamente, sólo son objetos decorativos si su único fin es señalar o cubrir púdicamente lo que el historiador no comprende. Circunscriben lo inexplicado, pero no lo explican; dan testimonio de una ignorancia. Se les encuentra donde una explicación económica o sociológica deja un *hueco*. Literatura de elipsis, arte de presentar los residuos, sensación de un problema, tal vez; pero de ninguna manera análisis freudiano”. Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 274.

³Jürgen Habermas, *Conocimiento e interés*, p. 215.

A diferencia de la tentativa anterior, no se trata de esfuerzos de clarificación; por el contrario, a partir de un diálogo con la obra freudiana buscan establecer modalidades de problematización de aspectos pasados por alto en la labor de los historiadores.⁴ Pero no se trata de una gratuita complejización, puesto que las implicaciones que arroja el psicoanálisis no se detienen en consideraciones puristas o de integridad de un campo disciplinario aparentemente inmune al envite freudiano. En este caso, trabajos que comparten un estilo parecido se han visto impulsados por una tradición algo más añeja y sólida, particularmente por las reflexiones filosóficas que encuentran en el terreno analítico un campo fértil de reflexión para problemas tales como los procesos de subjetivación, la importancia del lenguaje o la temática general de la interpretación. De Gadamer a Derrida, de Paul Ricoeur a Foucault, los trabajos que buscan en el territorio psicoanalítico, particularmente en los textos freudianos, elementos para repensar los amplios efectos que acarrearón la constitución de la cultura moderna, no cesan de incrementarse.

Podría aventurarse el criterio de que la impronta freudiana se articula a las nuevas modalidades por las cuales las sociedades contemporáneas establecen formas complejas de autocomprensión, particularmente a partir de fines del siglo XIX. En sentido estricto, la dimensión temporal o el carácter de profunda contingencia que preña los marcos de dicha autoobservación, manifiestan que la recurrencia al psicoanálisis se encuentra comprometida en dicha labor y en estos puntos cruciales. Este artículo quiere ensayar otra perspectiva, diferente de las presentadas hasta aquí. De tal forma que no busca discutir la pertinencia de una historiografía psicoanalítica o discernir los límites de problemáticas anexas tanto para el psicoanálisis como para la historiografía. Aspira a reconocer un territorio, las condiciones que permiten procesos cognitivos referidos a la acción humana en contextos sociales complejos, con

⁴ Omar Acha, *Freud y el problema de la historia*, p. 142-143.

el fin de establecer tentativamente las bases mismas de fundamentación de la investigación histórica pero en un marco de diálogo constante con la obra freudiana.

LA REFLEXIÓN EPISTEMOLÓGICA Y EL PSICOANÁLISIS

Este es un trabajo de epistemología, si por tal se entiende un ejercicio de descripción reflexiva de los presupuestos que permiten producir conocimientos, de las modalidades operativas involucradas y de los fines que las proyectan hacia el cuerpo social. La postura anterior acarrea un cambio mismo en la naturaleza y objetivos de las investigaciones en teoría del conocimiento, y el psicoanálisis freudiano no es inocente en tal asunto. Por la vía de la introducción de la instancia subjetiva —¿habrá que recordar que Freud mismo presenta sus descubrimientos en términos de una psicología científica, esto es, de una ciencia de lo subjetivo?— la transformación supone invertir los términos convencionales que se han discutido. Si la tradición filosófica asumió como premisa la posibilidad de aclarar los procesos de producción cognitiva por medio de una aclaración de los principios *a priori* que los gobiernan, la inversión permite ahora concebir que pensar en mejores términos las pretensiones de conocimiento consiste en partir de una perspectiva *a posteriori*.⁵

Por eso se concibe como descripción reflexiva. La presunción que orienta los siguientes comentarios, si se quiere la hipótesis central, consiste en asumir que en la base epistémica del psicoanálisis se condensan elementos que tienen que ver con esas tres dimensiones mencionadas —presupuestos, procedimientos y fines—, pero referidas ahora a la esfera de producción cognitiva de la historia. Si es un trabajo adscrito a la perspectiva epistemológica tal y como ha sido planteada, no busca discutir los criterios que legitiman o dan pertinencia a los diferentes aportes freudianos, por

⁵ Stephen Toulmin, *Los usos de la argumentación*, p. 269.

ejemplo la potencialidad de explicación del complejo de Edipo o las dimensiones energéticas que supone la visión freudiana de una economía libidinal. Da por sentado que tal validez se encuentra sostenida en el interior mismo del psicoanálisis freudiano y sus desarrollos posteriores, quizá hasta el trabajo del propio Lacan o sus reactualizaciones diversas.

Lo que interesa es sostener un criterio que pueda enriquecer los estudios epistemológicos, pero en términos de una lógica operativa y de las posibilidades de su análisis. Así, se concibe al psicoanálisis como instancia científica por el hecho de que la obra freudiana la establece como modalidad de racionalidad operante. Dentro de las diversas recepciones de la obra freudiana y del psicoanálisis en general destaca aquella que vislumbra como un serio inconveniente el que su trayectoria pueda ser vista como ciencia, lo que vendría a desmentir su ubicación legal dentro del campo más vasto de saberes modernos, puesto que su valor se mide sólo desde atribuciones terapéuticas o de cura analítica. Despejar de este complejo práctico un sistema teórico o una estructura doctrinal es más que un sinsentido. Así, Jacques Sédat apuntó que en tanto no existe un “método” freudiano ni una “doctrina” unitaria que pueda estabilizar los aportes llevados a cabo por Freud, no cabe la posibilidad de asumirlos desde una problemática cognitiva propiamente dicha.

Llama la atención que su argumento se sostenga sólo en referencia a una suerte de límite interno que, por lo demás, expresa una situación particular del psicoanálisis: no hay *consistencia discursiva freudiana* y no podría haberla sin ejercer una transformación radical de su naturaleza en tanto proceso de análisis.⁶ Por el contrario, aquí se afirma que la obra freudiana, tanto los textos teóricos como los estudios de caso, sus obras de técnica psicoanalítica como aquellas que inauguran un campo de aplicación vasta, establecen el marco discursivo que, articulado con

⁶Jacques Sédat, “Ricœur, Freud y el proceder psicoanalítico”, p. 78.

modalidades prácticas, la instituyen con propiedad en el campo científico moderno. En la actualidad el carácter de ciencia no puede más descansar sólo en el armazón discursivo, pues ahora se reconoce que su dimensión operativa incluye todos aquellos aspectos propios de una *racionalidad formal*, es decir, el conjunto de procedimientos teóricos y empíricos enfilados a formular problemas desde criterios dados y a resolverlos a partir de vías *ad hoc* autorizadas. Estas modalidades de *inteligibilidad* no parten ya de un orden previo de las cosas para validar un posible conocimiento del mismo, sino de un orden construido por la operación como tal.

Es en ese sentido que el freudismo presenta los rasgos característicos de toda operación científica y por derecho propio: la posibilidad de establecer un campo epistémico desde el cual derivar objetos de estudio y problemas, el estatuto conveniente que permite autorizar los procedimientos para tratar dichos objetos y resolver los problemas planteados, así como el potencial para instituir criterios centrales de validación de resultados y su utilización.⁷ Ya en otro nivel de análisis, esa operatividad sólo se sostiene a partir de un cuerpo social al mismo tiempo que científico, cuyo objetivo consiste en aplicar en cada disposición la lógica operativa misma asegurando su continuidad y reproducción, esto es, la instancia de los sujetos científicos en ámbitos institucionalizados. No está por demás convenir en que esta perspectiva reconoce su deuda con la historia de la ciencia y con la manera en que trata los problemas epistemológicos.

Precisamente, la noción de *racionalidad operativa* busca aplicar esas modalidades de tratamiento desarrolladas por autores como Kuhn y Lakatos, entre otros, pero conduciéndolas a una cuestión

⁷ “El término científico, bastante sospechoso en el conjunto de las ‘ciencias humanas’ (donde se le sustituye por el término de *análisis*), no lo es menos en el campo de las ‘ciencias exactas’ en la medida en que ese término nos remite a *leyes*. Se puede definir, sin embargo, con ese término la posibilidad de establecer un conjunto de *reglas que permitan ‘controlar’ operaciones* proporcionadas a la *producción* de objetos determinados”. De Certeau, *La escritura, op. cit.*, p. 68.

que me parece crucial aunque todavía en espera de estudio sistemático. El freudismo anuncia una temática abierta por su propio ejercicio de fundamentación: ¿de qué hablamos cuando nos referimos a la intersubjetividad en los procesos de producción cognitiva? En otras palabras, aquello hacia lo cual se dirige el psicoanálisis, una explicitación de los rasgos centrales y característicos de la vida psíquica “normal” en todo ser humano, es decir, la cuestión de lo subjetivo en general, es reintroducida en la condición misma de la ciencia de una manera determinante. Esta forma de reencontrar aspectos instituidos al nivel de su objeto de estudio en aquello que vendría a ser condición necesaria de todo conocimiento posible, es un rasgo compartido por la historia.

Sin embargo, parece no ser sólo atribuible a estas disciplinas, ya que es susceptible de generalización a toda ciencia que defina su campo de aplicación sintética en términos de realidades simbólicamente estructuradas, eso que el siglo XIX conoció como realidades humanas.⁸ Esto permite entender por qué los rendimientos interpretativos del observador y que tienen valor como producción cognitiva ya sea en la historia o ya sea en el psicoanálisis, sólo se distinguen de los participantes o de los sujetos de estudio —el ámbito general de las acciones sociales— en su función y no en su estructura, cosa que viene a materializar sus propios marcos de referencia. ¿De qué manera el psicoanálisis asume esta situación al nivel de su armazón teórica y en su práctica analítica? La orientación de una interrogación como la anterior es inequívoca en su prescripción general.

⁸ Así, Freud señala dicha situación con las siguientes palabras: “Permítanme insertar en este lugar el principal resultado al que hemos llegado mediante la indagación psicoanalítica de los neuróticos, a saber: sus neurosis no poseen un contenido psíquico propio que no se encuentre también en los sanos, o, como la ha dicho Jung, enferman a raíz de los mismos complejos con que luchamos también los sanos. Dependen de constelaciones cuantitativas, de las relaciones entre las fuerzas en recíproca pugna, que la lucha lleve a la salud, a la neurosis o a un hiperrendimiento compensador”. Sigmund Freud, “Cinco conferencias sobre psicoanálisis”, vol. 11, pp. 46-47.

Se trata, en efecto, de tomar como guía básica ese rubro epistemológico que ahora aparece como esencial para la disciplina histórica: los intercambios entre teoría y praxis; en particular, el estatuto de los vocabularios teóricos frente a la esfera de su aplicación práctica. Es en este punto donde el psicoanálisis freudiano diluye aquella relación a partir de la cual se planteaban los problemas epistemológicos y que alcanzó previamente autoridad indiscutible, esto es, la naturaleza del campo objetual frente a un sujeto de conocimiento con atributos considerados por momentos como innatos. En el desarrollo de este tipo de planteamientos se discutirá la condición del saber histórico en tanto esfera de interacción comunicativa, asumiéndola como un rasgo crucial para describir la lógica que gobierna su operación. El aporte freudiano puede ser entendido, en este nivel, como una cualidad de reflexividad, exigencia que no deja de tener valor crítico para intentar entender en qué consiste el involucramiento presente de saberes como la historia y el psicoanálisis.

MARCO DE REFERENCIA Y LÓGICA OPERATIVA

Es de sobra conocido el hecho de que el modelo central que articuló Sigmund Freud está en relación directa con la elevación de la interpretación onírica al nivel de paradigma que abarca la vida psicológica en general. Así lo señala Freud en la “Advertencia” a la primera edición de *La interpretación de los sueños*:

En efecto, el examen psicológico muestra que el sueño es el primer eslabón en la serie de productos psíquicos anormales; otros de sus eslabones son las fobias histéricas, las representaciones obsesivas y las delirantes, de las que el médico tiene que ocuparse por razones prácticas. Como se verá, el sueño no puede reclamar para sí pareja importancia práctica; no obstante, tanto mayor es su valor teórico como paradigma, y quien no sepa explicarse

el origen de las imágenes oníricas se esforzará en vano por comprender las fobias, las ideas obsesivas y las delirantes, y aun, llegado el caso, por ejercer sobre ellas una influencia terapéutica.⁹

Es en esta misma obra donde dedica sus esfuerzos al desarrollo y justificación de una teoría del sueño sobre la consideración de que la experiencia onírica viene a ser el cumplimiento de un deseo esquivado, cuya demora en la satisfacción sólo puede expresarse de otro modo, más allá de la neurosis o la histeria, al entregarse el individuo a dicha experiencia. Pero esta expresión se da en forma distorsionada o mutilada dando pie a la idea de *inconsciente* como esfera de persistencia de dicho deseo. De tal forma que, al no poder desaparecer, el deseo retorna desplazado, disfrazado, y emerge en los materiales oníricos aportados por los “restos diurnos”. Si resalta en la perspectiva freudiana que las escenas infantiles son elemento central en la configuración del deseo, los conflictos en que se ve envuelta la persona –dados por la relación no resuelta entre la búsqueda de satisfacción, por un lado, y la represión de dicha satisfacción, por otro–, se convierten en mecanismo central para la interpretación en tanto método de análisis. Así, la escena del sueño revela cualidades para acceder al aparato psíquico como tal. Lo onírico se constituye en una vía de acceso a la descripción de los procesos característicos de la vida anímica.

El nivel reflexivo permite pasar de la experiencia onírica a la formulación de una teoría descriptiva de dichos procesos. A partir de ahí alcanza concreción la idea de una “investidura energética” que constituye el centro del conflicto psicológico.¹⁰ La búsqueda de satisfacción es explicada como posibilidad de descarga de *energía* o como supresión de un estado de excitación (pulsión), mientras que el mecanismo opuesto, generalmente de origen social y que impide la supresión de un estado de excitación es denominado

⁹ Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños (primera parte)”, p. 17.

¹⁰ *Ibidem*, segunda parte, p. 565.

represión.¹¹ Lo que me interesa resaltar es la condición por la cual dicho modelo teórico aportado por la interpretación onírica se articula como vocabulario conceptual, pero en tanto está ligado de manera central con reglas técnicas (el método de la interpretación de los sueños) para permitir la comprensión de conjuntos simbólicos dados. Es posible considerar dicho núcleo teórico bajo la denominación *metapsicología* y a su vez considerar descriptivamente que el vocabulario energético se desarrolla a partir de tres puntos de vista interrelacionados: una dinámica de las fuerzas en conflicto, una economía que da cuenta de la inversión y gasto de dichas fuerzas y una tópica que permite el análisis de sus localizaciones sistémicas.¹²

De tal forma que el punto de vista *dinámico* supone el sondeo de los fenómenos hasta sus raíces inconscientes conflictivas, fuerzas que se originan pero no se limitan a las pulsiones. El *económico* especifica las magnitudes y vicisitudes de la energía pulsional, por lo que permite abordar la circulación de dichas energías en términos de economía libidinal. Finalmente, la tópica se dirige hacia los elementos que constituyen la mente como una estructura, cosa que da lugar a su descripción sistemática. Así, nociones como *represión*, *inconsciente*, *libido*, se presentan como instancias teóricas, entre otros conceptos y categorías, en los intercambios que se establecen entre la perspectiva dinámica, la economía libidinal y los sistemas tópicos o los lugares característicos del aparato psíquico. Todos estos aspectos delimitan el núcleo teórico del psicoanálisis y lo diferencian de otras perspectivas psicológicas. Pero su justificación no se encuentra al nivel propiamente teórico, en el sentido de una deliberación típicamente formalista —o respecto a los alcances del conjunto conceptual en tanto capacidad de

¹¹ Para una discusión sobre la importancia del “modelo” fisiológico de Brücke para esta perspectiva energética, véase Paul-Laurent Assoun, *Introducción a la epistemología freudiana*, pp. 99 y ss.

¹² Paul-Laurent Assoun, *La metapsicología*, p. 27.

subsumir y explicar causalmente fenómenos perceptibles—, sino en el tipo de relación que se produce con la práctica analítica misma.

Esta circunstancia por la cual la práctica o la esfera de aplicación técnica concebida como proceso terapéutico es elevada al nivel de fundamentación del vocabulario teórico no fue esquivada por el propio Freud, a pesar de que por momentos cedió a la tentación de buscar una justificación del psicoanálisis como procedimiento científico por la vía de la rigurosidad empirista normal.¹³ Puede notarse entonces que se invierte la relación convencional entre una teoría dotada de poderes absolutos de objetivación y una práctica gobernada y delineada previamente por el poder del que la teoría dispone. Esta pérdida de *autarquía* de aquella racionalidad material a la que se acudía para *arrojar luz sobre el mundo*, en este caso, el mundo mental humano, es rechazada por la constitución del psicoanálisis en una modalidad de racionalidad operativa.¹⁴ En otras palabras, el psicoanálisis se compromete con ese particular *giro pragmático* por el cual se asegura ahora de que la validez de los productos cognitivos recae en el plexo de procedimientos puestos en juego para obtenerlos.

Esto acarrea, desde luego, consecuencias innegables y profundas para el estudio de las ciencias al introducir la perspectiva de su operación como estrategia central de análisis. El caso particular del psicoanálisis muestra que el *modelo estructural* que se

¹³ Insistentemente Freud alegó que la clarificación teórica en el psicoanálisis se produce por una reflexión a partir de los casos tratados, sus propios pacientes, sus propios sueños. De ahí que fuera necesario aclarar el proceso de análisis en sus diferentes instancias al punto de necesitar reglamentar la secuencia, las fases y la naturaleza de las mismas bajo la forma de una técnica de aplicación. Ya desde 1908 tenía la idea de escribir una “Allgemeine Technik der Psychoanalyse”, esto es, una “Exposición general de la técnica psicoanalítica”. En un congreso anunció en 1910 incluso su interés en dar forma a una “Allgemeine Methodik der Psychoanalyse” (metodología general del psicoanálisis). Sigmund Freud, “Trabajos sobre técnica psicoanalítica”, pp. 79-80. La apreciación de que la técnica psicoanalítica constituye propiamente su esfera metódica tiene una importancia que más adelante se intentará desarrollar.

¹⁴ Jürgen Habermas, *Pensamiento posmetafísico*, pp. 46-47.

dirige a explicitar la vida psíquica de los seres humanos –sistema conceptual– es una derivación de la *situación analítica* y de las experiencias que se extraen de ella de manera reflexiva. Me interesa destacar dos temas que pueden ser objeto de extrapolación a partir de lo expresado hasta aquí. Primero, en el psicoanálisis dicha relación entre teoría y práctica se expresa como la de una instancia teórica que se materializa en lenguaje conceptual, por un lado, y las modalidades que articulan los intercambios intersubjetivos (analista-analizando) pero ahora en la esfera propia del lenguaje ordinario. Dicha relación establecida entre lenguaje teórico o conceptual y lenguaje analítico implica, además, la articulación entre un proceso escriturístico y los intercambios comunicativos orales que instituye el desarrollo terapéutico.

Segundo, la relación entre lenguajes conceptuales y lenguajes ordinarios puede ser además objeto de una implicación igualmente determinante: alude a la combinación que se pone en juego entre procesos que parecían ser sólo accesibles a las ciencias experimentales o empíricas, con una serie de atributos desarrollados en el ámbito de las *ciencias del espíritu*. Aunque en este último caso, los atributos mencionados corresponden en su forma contemporánea a la esfera de cobertura legal de disciplinas científicas amparadas por el campo hermenéutico. Esta situación resulta importante puesto que desde el siglo XIX la contraposición entre ciencias naturales y ciencias del espíritu equivalía a la diferencia formal entre procedimientos empíricos y aquellos considerados propios de disciplinas analítico-formales. Situación que resultaba legítima por el hecho de que expresaba una diferencia ontológica más básica entre esferas de realidad contrapuestas.

En cuanto al primer aspecto, la dimensión práctica que presenta el freudismo como técnica de análisis supone necesariamente formas de intercambio o interacción modeladas de manera lingüística.¹⁵ Esto es, las interacciones permitidas por el uso de lenguajes naturales. Sobre este plano se produce la interpretación del material delimitado por el desarrollo de los intercambios comunicativos. Eso que Freud llama *pacto*, pero que, bajo otra denominación, es permisible verlo como modalidad expresa de un consenso lingüístico o dialogal. Pero a diferencia de los intercambios comunicativos habituales, dicho consenso busca establecer las condiciones para alcanzar la comunicación o para llevar a la verbalización aquello que ha motivado la situación patológica misma, si por tal se entiende a la sustracción de un material que ha escapado al recuerdo por medio de un proceso de *distorsión* o *mutilación*. En contraposición con la situación analítica, los intercambios comunicativos en el plano común o habitual parten de dicho consenso; éste incluso es su condición de posibilidad misma puesto que idealmente aquéllos buscan dar a conocer una opinión, una manifestación expresiva o una aserción constatativa.

Es pertinente explicar la diferencia bajo la siguiente descripción. En los intercambios comunes, lo que parece ser central es la intención consciente que los motiva y que está delimitada de manera expresa en los participantes en el diálogo, mientras que en la situación terapéutica, en los casos de neurosis por ejemplo, hay una desconexión entre intención consciente y manifestación

¹⁵ “Celebramos un pacto [*Vertrag*; ‘contrato’]. El yo enfermo nos promete la más cabal sinceridad, o sea, la disposición sobre todo el material que su percepción de sí mismo le brinde, y nosotros le aseguramos la más estricta discreción y ponemos a su servicio nuestra experiencia en la interpretación del material influido por lo inconsciente. Nuestro saber debe remediar su no saber, debe devolver al yo del paciente el imperio sobre jurisdicciones perdidas de la vida anímica. En este pacto consiste la situación analítica”. Sigmund Freud, “Esquema del psicoanálisis”, p. 174.

comunicativa. Así, no es el sujeto el que comunica algo sino aquel que lleva a cabo un ocultamiento o sustracción. Los síntomas, sin embargo, hablan y sobre este hablar no consciente parte el análisis. De tal modo que aquello que parece obstaculizar la comunicación habitual, distorsiones y mutilaciones, son consideradas accidentes deformantes y por tanto deben ser marginados, mientras que en el psicoanálisis freudiano “las omisiones y deformaciones tienen función sistemática”.¹⁶ En otras palabras, el psicoanálisis se nos presenta como una ciencia que característicamente encuentra su objeto a partir de una distorsión comunicativa establecida en la relación intersubjetiva habitual y ello alcanza el estatuto de requisito ineludible para el proceso analítico y su destilación teórica.

Esto permite entender el paso dado por Freud hacia una psicología de la vida humana “normal”, donde dicha normalidad incluye distorsiones y mutilaciones por el hecho de que la comprensión es aquello que resulta lo más improbable incluso para el propio individuo. Es decir, al individuo mismo se le escapa la posibilidad de entender sus manifestaciones como expresión de una intencionalidad consciente. Con respecto a esta situación, Freud estableció una etapa previa a la represión propiamente dicha; la denominó *represión primordial* y consiste “en que la agencia representante {*Representanz*} psíquica (agencia representante-representación) de la pulsión se le deniega la admisión en lo consciente”. Con dicha denegación se establece la fijación de la pulsión, por lo que la *agencia representante* continúa inmutable y ligada a la pulsión en cuestión. La represión propiamente dicha agrega una capa más de representaciones a la “agencia representante reprimida” estableciendo una asociación con “otros itinerarios de pensamiento”, al punto de que en dicha capa las representaciones asociativas “experimentan el mismo destino que lo reprimido primordial”.¹⁷

¹⁶ Habermas, *Conocimiento e interés*, *op. cit.*, p. 217.

¹⁷ Sigmund Freud, “Trabajos sobre metapsicología”, p. 143.

Este proceso que conduce a lo inconsciente se inicia entonces con una sustracción: *la agencia representante* es expulsada del nivel consciente, pero aquello que es expulsado se constituye como un material psíquico que en realidad se evade de la comunicación pública. La distinción consciente/inconsciente es correlativa de la distinción entre un material que es susceptible de comunicación pública y otro que no puede ser comunicable, o entre un nivel manifiesto y otro latente más fundamental. Y este es uno de los puntos de fuerza, considero, del psicoanálisis freudiano. No es descabellado inferir, entonces, que el material reprimido, *agencia representante* y que oculta motivos inconscientes, queda por así decirlo sin lenguaje posible: se evade de la comunicación pública. El *retorno de lo reprimido* permite su expresión mutilada por la vía de un *lenguaje privatizado* necesario de traducción a lenguaje público, o también dichos motivos pueden abrirse paso hacia la comunicación por medio de su asociación con símbolos públicamente reconocidos. Ambos procesos tienen en el sueño su *paradigma* central.¹⁸

Si con anterioridad señalé que en el modelo freudiano la consistencia conceptual o de su aparato teórico estaba en relación directa con la aplicación terapéutica,¹⁹ entonces no resulta menos plausible afirmar que la validez última de la estructura teórica depende de la instauración de procesos comunicativos o de su continuidad —lo que se constituye propiamente como rasgo de *recursividad*—. Es decir, que la dimensión discursiva depende de su funcionalidad para los procesos comunicativos orales y su reproducción. La disciplina histórica presenta rasgos análogos en cuanto a la relación teórica y práctica. Aunque, por supuesto, la

¹⁸ Habermas, *Conocimiento e interés*, *op. cit.*, p. 224.

¹⁹ “Pero, en realidad, la exposición teórica no contiene ningún elemento que lleva más allá de la descripción que se ha hecho de la técnica. *El lenguaje de la teoría es más pobre que el lenguaje en el que la técnica ha sido descrita*. Esto vale precisamente para las expresiones que se refieren al sentido específico del psicoanálisis”. *Idem*.

dimensión de aplicación no guarda el mismo estatuto que en el psicoanálisis freudiano. El proceso terapéutico, aunque espacio metódico, no existe como tal en la lógica de investigación histórica. Como proceso de investigación propiamente dicho se dirige a la obtención de resultados bajo la forma de interpretaciones historiográficas materializadas en sustratos discursivos.

Los diferentes vocabularios teóricos que se articulan en puntos determinados del proceso de investigación tienen funcionalidad al momento en que su capacidad explicativa dota de plausibilidad a las estructuras interpretativas. Así como en el psicoanálisis la validez del lenguaje teórico se instituye desde su propio campo de aplicación, la lógica de investigación histórica dirige el problema en tanto dichos vocabularios impulsan la continuidad del proceso global (*fenómeno de recursividad*). Digamos que puede legitimar las estructuras teóricas sólo desde la praxis de investigación misma debido a la funcionalidad que aportan al proceso. Así, la operación que tiene lugar en la disciplina histórica permite la especificación técnica para el uso de los vocabularios teóricos. Varios niveles se destacan en esta perspectiva pragmática. Las teorías dan la capacidad para que los historiadores establezcan objetos, problemas y deriven hipótesis de investigación. Estos diferentes vocabularios teóricos también son cruciales para la delimitación de corpus documentales necesarios en la lógica de investigación, al tiempo que sostienen los procesos de su tratamiento al acreditar diferentes niveles de análisis susceptibles de ser implementados.²⁰

Por otro lado, tienen además un importante papel que jugar al nivel de las interpretaciones finales, esto es, en los productos de la operación: apoyan su verosimilitud o plausibilidad como instancias argumentativas. La relación que se da entre elementos

²⁰ “El historiador selecciona, corta, reclasifica y desplaza los documentos de acuerdo con reglas proporcionadas a las operaciones y a los códigos de lectura. En otras palabras, usa elementos que le son dados como ‘pasados’ –pero en desorden–; realiza en ellos una ‘preparación’ (en el sentido químico del término)”. Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis*, p. 118.

categoriales y conceptuales con elementos interpretativos a lo largo de todo el circuito de investigación, la muestran como una relación entre los términos de una operación compleja. Así como el freudismo, la lógica de investigación histórica no tiene como finalidad enmarcar una realidad espesa gracias a la cualidad de transparentación del lenguaje teórico involucrado. Se constituyen como disciplinas científicas al estar en posibilidad de instituir *modelos de inteligibilidad*, si por tal se entiende la constitución de lógicas aplicables a conjuntos combinatorios, a la construcción de “series racionalmente aisladas” y por tanto tratables, a la capacidad de “marcar a su vez los cruzamientos, las condiciones de posibilidad y los límites de validez”²¹ de los productos y de toda la secuencia global.

De tal modo que el valor de las esferas teóricas sólo puede medirse por la cualidad funcional que aportan a todo el proceso operativo: los criterios de validez que cuantifican la pertinencia de los sistemas conceptuales y categoriales, tanto en el modelo freudiano como en la investigación histórica, se decantan a partir de su capacidad para impulsar la continuidad y reproducción de la propia operación. Este efecto de *recursividad* no deja dudas respecto al criterio pragmatista, puesto que incluso dota a las disciplinas de un conjunto de atributos para elegir y sustituir teorías, para buscar y desarrollar sistemas de enunciados entre otros aspectos, no a partir de sus cualidades objetivistas sino por su disposición para potenciar las posibilidades de la reproducción sistémica. Pero en el seno de dicha operación se presenta una combinatoria resaltada por el psicoanálisis con una consecuencia a subrayar: si los conjuntos teóricos pueden ser revisados e incluso modificados o sustituidos, esto se debe al papel que juega la autorreflexión en el seno disciplinar.

²¹ De Certeau, *La escritura de la historia*, *op. cit.*, p. 95.

Así, dicha autorreflexión sobre el valor conceptual o teórico descansa en los procesos comunicativos que se articulan sobre el lenguaje ordinario. La combinatoria se refiere, por tanto, a la interrelación de vocabularios teóricos y lenguaje ordinario, mientras la consecuencia se expresa en ese índice de autorreflexividad. La revisión que se lleva a cabo sobre la pertinencia de esos vocabularios –autorreflexión– se asienta en los procesos comunicativos, donde los participantes interactúan o intercambian emisiones lingüísticas. No está por demás insistir: el circuito de producción cognitiva, incluyendo el rubro de los resultados formales aportados y susceptibles de *reprogramación*, es objeto de una validación intersubjetiva. De tal forma que las consecuencias de esta situación pueden analizarse a partir del criterio que señala que los rendimientos cognitivos que legitiman el estatuto científico de las disciplinas –en este caso la historia pero también el psicoanálisis freudiano– están en función de una práctica entendida como esfera de interacción.²²

Freud particulariza la relación intersubjetiva como proceso analítico, donde el criterio guía es la posibilidad de potenciar la capacidad de verbalización del analizando en términos de una *sublimación* de la escisión del sujeto, al tiempo que el analista puede estar en condiciones de conceptualizar los fenómenos psíquicos que ahí se destacan. El desarrollo del análisis terapéutico se instituye como campo metódico en tanto génesis de los procesos de constitución de los conceptos y categorías teóricos.²³ Mientras la validez de estos elementos sólo puede ser establecida en el propio proceso metódico, lo que significa un intercambio continuo entre génesis y validez a lo largo del análisis mismo. Cabe hacer notar que lo rasgos puestos en juego en esa capacidad de verbalización

²² Habermas, *Pensamiento postmetafísico*, *op. cit.*, p. 60.

²³ *Vid. supra* n. 13.

que posibilita la sublimación tienen su origen en la esfera precientífica de la interacción humana.

Así, el fenómeno de *transferencia* que liga toda la lógica combinatoria hasta el punto de conversión del conflicto en neurosis de transferencia o positiva es posible porque aquellos elementos afectivos puestos en juego —amor, deseo, sustitución del padre, comportamientos infantiles, etcétera— se constituyen previamente en el seno de los intercambios comunicativos habituales.²⁴ En el caso de la historia, el proceso comunicativo se articula como diálogo historiográfico y acompaña el desenvolvimiento de la lógica de investigación, insertándose de manera notoria en algunos de sus segmentos clave. Ya en las etapas previas a la investigación propiamente dicha, el historiador discute en espacios dialógicos disciplinares la pertinencia de las bases mismas de su proyecto. Cada avance del mismo, incluso presentado como trabajo escrito, es objeto de deliberación idealmente colectiva. Así también los resultados finales concebidos como propuesta interpretativa no sólo requieren discusión historiográfica, sino que tal esfera de intercambios comunicativos permite establecer su validación disciplinar, aunque esto nunca de manera definitiva pues es un marco de validación en sí mismo histórico. Ese mismo nivel de interacción comunicativa, pero ahora referido al conjunto de las prácticas sociales estudiadas y constituidas como mundos articulados por lenguajes naturales, delimita también sus campos objetuales.

Lo que importa destacar en este punto es que la validación no está en función de la cualidad fáctica o constatativa del discurso historiográfico, sino en las condiciones por las cuales dicho instrumento escrito permite continuar los intercambios comunicativos mismos. En tanto que los enunciados con los que está construida la interpretación historiográfica no son objeto de discusión respecto a sus alcances realistas —la realidad del pasado en sí—, sino en tanto que permiten un efecto global como perspectiva

²⁴ Sigmund Freud, “Esquema del psicoanálisis”, pp. 175 y s.

sobre una parte del pasado, dicha interpretación se contrasta en el seno de un paradigma particular. La interpretación es discutida como una modalidad de inteligibilidad, pero en un marco más amplio. Así, la esfera del diálogo entre historiadores que compartan un paradigma o un conjunto de paradigmas —ese marco más amplio—, viene a ser el espacio donde la génesis y la validez de los vocabularios involucrados encuentran su concreción.

Las estructuras discursivas, entonces, quedan remitidas al plano de la argumentación donde individuos dotados de entendimiento lingüístico intercambian afirmaciones, discuten sobre criterios de validez de las emisiones y llegan a acuerdos provisionales. Esto es un espacio social de autorreflexión sin el cual la historia como disciplina sería imposible, por lo que caracteriza la racionalidad operativa de la historia en un medio de intercambio comunicativo y, por tanto, donde los rendimientos de racionalidad presentes se refieren a un entendimiento construido de manera intersubjetiva. Por supuesto que el caso de la historia sienta una divergencia, nada fundamental, con respecto a la operación que se desarrolla en el seno del psicoanálisis freudiano. Si dicho saber fue instituido por un solo individuo, *ciencia de un solo hombre*, la legitimación científica de esta fundación dependió de su capacidad para establecer un modelo de inteligibilidad con relación a la vida anímica humana.²⁵ De tal forma que no es aventurado afirmar que ese modelo se presentó como el gran *paradigma* freudiano, frente al cual las divergencias mostradas rápidamente terminaron por excluirse en el sentido de anomalías incapaces de ser incorporadas al paradigma mismo.

²⁵ “En efecto, el psicoanálisis es creación mía, yo fui durante diez años el único que se ocupó de él, y todo el disgusto que el nuevo fenómeno provocó en los contemporáneos se descargó sobre mi cabeza en forma de crítica. Me juzgo con derecho a defender este punto de vista: todavía hoy, cuando hace mucho he dejado de ser el único psicoanalista, nadie puede saber mejor que yo lo que el psicoanálisis es, en qué se distingue de otros modos de explorar la vida anímica, qué debe correr bajo su nombre y qué sería mejor llamar de otra manera”. Sigmund Freud, “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”, p. 7.

Así, las cualidades del vocabulario teórico, sus interrelaciones con la práctica analítica, las reglas técnicas instituidas, las modalidades de validación de hipótesis —si consideramos que las interpretaciones analíticas toman el papel de hipótesis que deben ser validadas en el proceso metódico—,²⁶ la importancia de la sexualidad infantil en la etiología de las neurosis, etcétera, son rasgos constitutivos de dicho paradigma. Frente a él, las divergencias, como por ejemplo las perspectivas de Jung y Adler, entre otros, fueron tramitadas como divergencias paradigmáticas en puntos centrales no susceptibles de reintegración, tal y como señala el propio Freud en su revisión histórica del movimiento psicoanalítico.²⁷ En tal sentido, el núcleo definitorio de lo que es ya para nosotros el freudismo, y que permite distinguirlo de otras posturas psicológicas —incluidas las que nacieron en su seno y después de separaron—, es su carácter unitario como modelo integral, aunque ello no obsta para reconocer desplazamientos y cambios en su interior.

De modo tal que la integridad del paradigma, por tanto, su capacidad para incorporar anomalías en el sentido de reforzamiento de dicha integridad, es la forma por la cual se asegura su continuidad disciplinaria, por supuesto, hasta que no se llega al punto de quiebre que significaría la sustitución del paradigma en cuestión. Frente a esta peculiaridad, la historia muestra un rostro diferente. A lo largo del siglo xx su continuidad como disciplina

²⁶ “El marco interpretativo elaborado por Freud recaba para sí el carácter de verdaderas hipótesis de ciencia natural o de leyes válidas para el conocimiento. Esto tiene que reflejarse en el papel que desempeña el extrañamiento metodológico dentro del psicoanálisis, y así es en efecto”. Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método II*, p. 241.

²⁷ Freud denomina esta situación de divergencia paradigmática con un vocabulario cercano a la ciencia política de su momento, “movimientos separatistas”, expresión que alude a una pérdida de identidad nada inocente; a continuación, se dedica a diagnosticar las divergencias como expresión de una *resistencia* tan difícil como la que se enfrenta en el proceso de análisis. Sigmund Freud, “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”, pp. 47 y s.

científica dependió de la introducción de diferentes paradigmas que, en su transformación como modelos historiográficos, dieron pie a la aparición de ramas de investigación claramente diferenciadas entre sí. Este proceso de diversificación, que se encuentra en relación directa con formas de enlazamiento a campos de investigación social, alcanza a cubrir la disgregación de vocabularios teóricos, de formas de categorización y por tanto de construcción de objetos diversos de estudio –campos objetuales–, además de una creciente pluralidad de procesos metódicos resistentes a su simple identificación como investigación documental.

Puede incluso afirmarse que esta suerte de diagnóstico de la historia en el siglo xx –quizá de manera más evidente en su segunda mitad– muestra una diversificación de lógicas de investigación no necesariamente conectadas entre sí. Un factor externo a las disciplinas científicas y que buscaba explicar sus diferencias en cuanto al significado de los términos de las teorías, pero que alcanzaba a explicar las diferencias en “métodos, campos de problemas y normas de resolución”, fue denominado *incommensurabilidad* por Kuhn y Feyerabend.²⁸ No pasó mucho tiempo para que se adujera *incommensurabilidad* entre disciplinas científicas consideradas afines, pero también entre teorías o modelos formales que compiten paradigmáticamente. Resulta que las lógicas de investigación histórica son *incommensurables* entre sí, pero presumen de un factor de *commensurabilidad* con respecto a un amplio abanico de ciencias sociales; y ese factor juega, siguiendo a Kuhn, al nivel de teorías, métodos, campos de problemas y normas de resolución.

Un fenómeno ligado a esta situación particular de la disciplina histórica es el traslado de edificios conceptuales, categorías y métodos de otras ciencias sociales al campo de la investigación histórica mediante un complejo ejercicio de traducción-interpretación, cosa que en otro escrito he denominado “procesos de

²⁸ Thomas S. Kuhn, *El camino desde la estructura*, p. 50.

metaforización y resemantización".²⁹ De manera casi paradójica, sostengo que dicho proceso complejo de introducción de lógicas diferenciadas —ese desarrollo estructurado que combina efectos de inconmensurabilidad internos y de conmensurabilidad externos— es precisamente su característica lógica procedimental. Entonces, su continuidad se afirma como diversificación paradigmática, donde la convivencia entre modelos de inteligibilidad, incluso opuestos entre sí, deja de ser menos un conflicto irresoluble y paralizante y más una cualidad que garantiza y potencializa la reproducción de las lógicas de investigación.

CONTENIDOS SINTÉTICOS Y PROCESOS INTERPRETATIVOS: LA RELACIÓN CON LAS CIENCIAS SOCIALES

Esta diferencia habida entre psicoanálisis freudiano e historiografía contemporánea puede explicarse a partir de la forma en la que tanto uno como la otra se colocan frente al campo de la investigación social, lo que termina incluyendo aquellos aportes funcionales que son primordiales para la reproducción de los sistemas sociales y sus modalidades de autodescripción. El freudismo aporta estructuras interpretativas a otras ciencias sociales, por ejemplo a la antropología, a la posterior psicología social, incluso a la sociología, donde dichos sistemas conceptuales salvaguardan para esas ciencias potenciales explicativos con respecto a fenómenos sociales amplios —y esto no sólo tiene que ver con el tabú en las sociedades tradicionales o la impronta cultural de las creencias religiosas en el seno del monoteísmo—. La relación de la historia y las ciencias sociales es claramente diferente: ella se alimenta de teorías, categorización de campos de estudio, procedimientos metódicos, etcétera, para potenciar su propio factor interpretativo.

²⁹ Cfr: Fernando Betancourt Martínez, "La fundamentación del saber histórico en el siglo XX", pp. 91-120.

A la inversa, dicho factor interpretativo juega como proceso de falsación de esas teorías y de sus propios modelos de racionalidad involucrados, lo que alimenta las lógicas de investigación social de donde provienen. No hay propiamente interpretación histórica sin esta relación. Por su parte, el psicoanálisis participa de una región epistémica más amplia que es considerada inédita en el panorama de los saberes previos al siglo XIX y frente a la cual sus diferencias con los enfoques convencionales, como los de la psicología clínica del momento, resultan ser contradicciones productivas dentro de dicho campo o región. El freudismo es solidario, entonces, de un impulso de formalización de esa dimensión psicológica, central para los procesos de subjetivación modernos y de autocomprensión, pero establecida como punto de cruce de lo social y de lo biológico en una tensión que parece ser su rasgo más notorio.³⁰ En tanto factor de formalización o de esquematismo, dio pie a la emergencia de disciplinas específicas, desde la psicología clínica hasta la psicología social del siglo XX, pasando, por supuesto, por las variantes psicoanalíticas.

Como región epistémica a partir del cual se instituye un novedoso ámbito objetual, el freudismo aportó formas de categorización que rápidamente fueron exportadas a las disciplinas sociales, llegando sus efectos hasta la propia crítica cultural que tanta importancia adquirió en el siglo pasado. Si bien elementos categoriales, como por ejemplo lo mental, la vida psíquica humana, la intencionalidad, la empatía, incluso el fenómeno más amplio de la comprensión hasta las descripciones posibles de un nivel propiamente fenomenológico, se originaron como esquemas intrínsecos del campo psicológico, la sociología, la economía, la antropología, en fin, el campo de la investigación social en su conjunto, las derivó como herramientas de formalización de sus propios núcleos objetuales. En suma, el psicoanálisis freudiano

³⁰ Véase Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*; en particular el último capítulo, "Las ciencias humanas", pp. 334-375.

proporciona tanto estructuras interpretativas conceptuales como esquemas de formalización debido a su ubicación en una región epistémica más amplia.

En contraposición, y después de la disolución del modelo historicista, la historiografía contemporánea sólo puede operar a partir de una lógica *transdisciplinaria*, esto es, articulándose con formas interpretativas conceptuales y esquemas categoriales originados en un amplio abanico de disciplinas sociales. Esta diferencia operativa puede ser analizada profundizando sus consecuencias, cosa que no se busca perseguir aquí. Se destaca como un momento análogo al tiempo que posterior, de la típica relación teoría-praxis en el freudismo, pero de grandes implicaciones para la determinación del campo historiográfico de investigación. A partir de su consecuencia epistemológica me interesa derivar una suerte de tesis de gran amplitud que puede ser utilizable para un trabajo sistemático. La cualidad autorreferencial puesta en liza por el freudismo tiene atribuciones definitorias con respecto a la naturaleza y límites del conocimiento histórico. Dicha cualidad reintroduce en los procesos cognitivos una dimensión desplazada por el predominio durante mucho tiempo de la perspectiva empirista y que sentó las bases para la contraposición entre ciencias empíricas y disciplinas orientadas a la interpretación de conjuntos simbólicos.

La consecuencia, en pocas palabras, es la siguiente: el campo objetual de disciplinas científicas como la historiografía y el psicoanálisis freudiano aparece predeterminado y presidido por la racionalidad comunicativa que constituye la esfera de la experiencia social.³¹ Esa racionalidad comunicativa, el habla común o el

³¹ “El problema hermenéutico adquirió un nuevo énfasis en la esfera de la lógica de las ciencias sociales. Hay que reconocer que la experiencia del mundo supone siempre la dimensión hermenéutica y por eso ésta subyace ya en la labor de las ciencias naturales, como ha mostrado especialmente Thomas Kuhn. Dado, en efecto, que la sociedad posee una existencia entendida lingüísticamente, el propio campo objetual de las ciencias sociales (y no sólo su esfera teórica) aparece

mundo de los lenguajes naturales, dota de legitimidad al conjunto de su operación sistémica y se expresa en la determinación de lógicas de investigación y en la aplicación metodológica particular. Por eso puede ser vista como esfera de validez y génesis al mismo tiempo, pues involucra aspectos teóricos y metodológicos cruciales. Esta aserción permite explicar por qué tanto la forma de la operación como las especificaciones metódicas rompen con los marcos convencionales para explicar las diferencias entre ciencias naturales y ciencias como la historia. Así, los criterios para distinguir sus atribuciones, ya sea a partir de dualidades metódicas (el método de la explicación científica frente al método de la comprensión), o tomando en serio diferencias en campos objetuales (realidades naturales frente a realidades humanas) se ven enfrentadas a una pérdida de legitimidad.

Ahora, el reto consiste en pensar su estatuto incluso metódico teniendo como punto de inicio el reconocimiento de su condición transdisciplinaria o de dispersión paradigmática. Lo anterior está en relación con otro rasgo puesto al descubierto por el reto freudiano. Ricœur ha señalado como un problema de corte epistémico a esa especie de mixtura que presenta el discurso psicoanalítico, lo que acarrea la introducción de una ambigüedad constituyente en el corazón de su empresa cognitiva; vendría a ser, entonces, el problema central de la epistemología freudiana, en su opinión. Por una parte, la enunciación de una competencia energética alimentada desde la *metapsicología* y que permite, gracias a su naturaleza abarcadora, ilustrar las interrelaciones *tópicas*. Esta perspectiva está determinada desde la propia noción de aparato psíquico y referida al principio ordenador de esas interrelaciones: el principio de constancia energética.³² Por otra parte, el modelo articulado a

presidido por la dimensión hermenéutica”. Gadamer, *Verdad y método II*, *op. cit.*, p. 115.

³² “Entonces, primero hallamos la esencia de la pulsión en sus caracteres principales, a saber, su proveniencia de fuentes de estímulo situadas en el interior del organismo y su emergencia como fuerza constante, y de ahí derivamos uno de

partir de la *Interpretación de los sueños* que, por más que presente diferencias con respecto a la problemática particularizada de la interpretación desde el horizonte de la filosofía hermenéutica, se involucra de lleno en el ámbito de las significaciones.

Casi una aporía, pero que inmediatamente muestra la contracara de una combinación interna que, por lo menos en cuanto a su estatuto teórico y su aplicación técnica, define el terreno de desarrollo del psicoanálisis freudiano: ese cruce entre una problemática de la fuerza y la energía con el trabajo del sentido.³³ Esto puede llevarnos como correlato hacia la teoría de la representación que gravita en su seno. Esquivo tal posibilidad y reintroduzco este cruce en su cualidad teórica y metodológica más general. Así, los términos de dicha combinación pueden ser definidos desde la siguiente consideración: el freudismo lleva a cabo una fusión de elementos que involucran procesos interpretativos de carácter hermenéutico, con realizaciones que a lo largo del siglo xx parecían estar circunscritas a las ciencias empíricas o nomológicas.³⁴ Resulta que si bien la tónica dominante a todo lo largo de la primera mitad del siglo anterior fue considerar a estos elementos como antitéticos, ya a fines del XIX esa *ciencia de un solo hombre*,

sus ulteriores caracteres, que es su incoercibilidad por acciones de huida”. Más adelante, en la misma página, señala como premisa fuente la consideración de carácter biológica de la cual proviene: “Ya mencionamos la más importante de ellas; sólo nos resta destacarla de manera expresa [...] y dice: El sistema nervioso es un aparato al que le está deparada la función de librarse de los estímulos que le llegan, de rebajarlos al mínimo posible; dicho de otro modo: es un aparato que, de ser posible, querría conservarse exento de todo estímulo”. Freud, “Trabajos sobre metapsicología”, *op. cit.*, p. 115.

³³ “Brevemente, el punto de vista tópico-económico parece que puede fundamentar una energética, pero de ningún modo una hermenéutica. Sin embargo, es indiscutible que el psicoanálisis es una hermenéutica: no por azar sino por destino intenta dar una interpretación de la cultura en su conjunto”. Paul Ricoeur, *Freud: una interpretación de la cultura*, pp. 60-61. Véase también su libro *Le conflit des interpretations. Essais d'hermeneutique*.

³⁴ Habermas, *Conocimiento e interés*, *op. cit.*, p. 215.

que además se distinguió por dirigirse a lo subjetivo en tanto efecto, esto es, como producto circunstancial de un cruce de procesos complejos, rechaza la autoridad de ese presupuesto.

Lo que interesa es cómo la disciplina histórica llega a una definición de sus atribuciones como conjunto de procedimientos científicos sólo cuando su marco de referencia general transita hacia una combinación análoga. De tal suerte que los elementos de ese marco de referencia, que incluyen los presupuestos como su condición de posibilidad, los procedimientos que pone en juego como lógica de investigación, los fines sociales de los cuales puede presumir y los rasgos de su expansión discursiva, dependen de su operación sistémica. Siempre y cuando se entienda como *sistema* a las modalidades de una interrelación entre aspectos de interpretación hermenéutica y rasgos de ciencia nomológica, o bien, como espacio reglamentado que norma la producción de formas de racionalidad e inteligibilidad específicas. No está por demás subrayar que las atribuciones interpretativas que se localizan en las lógicas de investigación histórica no necesariamente coinciden, ni con aquellas establecidas por Gadamer, por ejemplo, pero tampoco con el trabajo filológico ni con el proyecto decimonónico tan acariciado de ciencia de la comprensión.

Tomando esto en cuenta, es notable que lo que ayer le era exterior —la contraposición metódica pero también objetual propia del siglo XIX y principios del XX, precisamente esa contradicción tajante y de la cual dependía su acreditación como ciencia del espíritu—, ahora le es interna y ciñe los marcos de su interrelación con el campo de la investigación social. La situación anteriormente descrita es pertinente para analizar los criterios a partir de los cuales los historiadores pueden derivar problemas y formular hipótesis de investigación desde teorías sociales generales; las pautas para limitar corpus documentales y sus diferentes formas de tratamiento y análisis; los procesos de evaluación y validación de los resultados presentados discursivamente. Cada uno de estos niveles conforma la lógica sistémica, pero en un medio

paradigmático diverso, al que no le es indiferente por tanto la definición de criterios, pautas, normas y reglas.

En cuanto a los resultados, éstos no pueden ya validarse por sus condiciones realistas, sino por la manera en que al entrar en el circuito más general de la investigación social introducen una dimensión de contingencia en las modalidades de la autodescripción de los propios sistemas sociales. Un cambio general se insinúa en este punto: de las representaciones finales que acreditarían la validez del discurso por su conexión con lo real pasado, se transita a la condición presente que permite esas representaciones. Esto, que para Michel de Certeau constituía la marca indeleble de un lugar social, determina, al establecer una localización espacial, el conjunto de los procedimientos de análisis.³⁵ A partir de fragmentos, marcas, síntomas, el resultado se acredita como una historia; pero al igual que la aplicación psicoanalítica, parece ocultar el hecho de que es producto de un trabajo. Así, las interpretaciones historiográficas no pueden ya encubrir las determinaciones de su propia construcción: un tiempo de la operación y un espacio delimitado vienen a constituir su propia dimensión latente. ☒

³⁵ De Certeau, *Historia y psicoanálisis*, *op. cit.*, pp. 104-105.

- Acha, Omar. “El psicoanálisis y el tema de la historia: Freud y Lacan”, en Daniel Brauer (ed.), *La historia desde la teoría*, vol. II, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009, pp. 175-192.
- _____. *Freud y el problema de la historia*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007.
- Assoun, Paul-Laurent. *Introducción a la epistemología freudiana*, tr. Óscar Barahona y Uxo Doyhamboure, México, Siglo XXI, 1982.
- _____. *La metapsicología*, tr. Glenn Gallardo, México, Siglo XXI, 202.
- Betancourt Martínez, Fernando. “La fundamentación del saber histórico en el siglo XX: investigación social, metodología y racionalidad operativa”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, no. 40, julio-diciembre 2010, pp. 91-120.
- _____. *La escritura de la historia*, tr. Jorge López Moctezuma, 2ª ed. (tr. revisada), México, Uia-Departamento de Historia, 1993.
- Certeau, Michel de. *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*, tr. Alfonso Mendiola y Marcela Cinta, 2ª ed., México, Uia/ITESO, 2003.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método II*, tr. Manuel Olasagasti, 3ª ed., Salamanca, Sígueme, 1998.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, tr. Elsa Cecilia Frost, 14ª ed., México, Siglo XXI, 1996.
- Freud, Sigmund. *Obras completas*, ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey con la colaboración de Anna Freud, traducción de José L. Etcheverry, 2ª ed., Buenos Aires, Amorrortu, 1986-2008, 24 vols.
- “Cinco conferencias sobre psicoanálisis”, 2006, vol. 11.
- “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”, 2006, vol. 14.
- “Esquema del psicoanálisis”, 2007, vol. 23.
- “La interpretación de los sueños (primera parte)”, 2005, vol. 4.
- “La interpretación de los sueños (segunda parte)”, 2005, vol. 5.
- “Trabajos sobre metapsicología”, 2006, vol. 14.
- “Trabajos sobre técnica psicoanalítica”, 2005, vol. 12.
- Habermas, Jürgen. *Conocimiento e interés*, versión al español de Manuel Jiménez Redondo, José F. Ivars y Luis Martín Santos, Madrid, Taurus, 1986.
- _____. *Pensamiento postmetafísico*, versión al español de Manuel Jiménez Redondo, México, Taurus, 1990.
- Hernández Sandoica, Elena. *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Madrid, Akal, 2004.

- Kuhn, Thomas S. *El camino desde la estructura. Ensayos filosóficos 1970-1993, con una entrevista autobiográfica*, James Connat y John Haugeland, comp., tr. Antonio Beltrán y José Romo, Barcelona, Paidós, 2002.
- Mudrovic, María Inés. “Trauma, memoria, historia”, en Daniel Brauer (ed.), *La historia desde la teoría*, vol. II, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009, pp. 105-116.
- Ricœur, Paul. *Freud: una interpretación de la cultura*, tr. Armando Suárez, con la colaboración de Miguel Olivera y Esteban Inciarte, 5ª ed., México, Siglo XXI, 1983.
- _____. *Le conflit des interprétations. Essais d'hermeneutique*, Paris, Seuil, 1969.
- Schoenwald, Richard L. “The Psychological Study of History”, en Georg G. Iggers y Harold T. Parker, *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1980, pp. 71-85.
- Sédac, Jacques. “Ricœur, Freud y el proceder psicoanalítico”, en Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia (dirs.), *Paul Ricœur y las ciencias humanas*, tr. Horacio Pons, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008, pp. 75-88.
- Toulmin, Stephen. *Los usos de la argumentación*, tr. María Morrás y Victoria Pineda, Barcelona, Península, 2007.